



Sergio Pacheco Soto
Universidad Técnica Nacional, Costa Rica
spacheco@utn.ac.cr
<https://orcid.org/0000-0002-7963-9901>

Una leyenda

Había llegado a la escuela recién al comenzar las primeras lluvias. No había en él nada que lo hiciera diferente de los demás muchachos del pueblo y, sin embargo, parecía constantemente rehuir los juegos y propuestas que le hacíamos para, de alguna forma, incorporarlo al grupo. Eso sí, su evasión se revestía de una educación y un conocimiento profundo de las buenas costumbres que, en nuestro pueblo, tan perdido en las montañas y tan sembrado de oscuros nubarrones, se notaban fácilmente.

El tenerlo sentado en clase a mi diestra durante los largos meses del invierno en la montaña, produjo un acercamiento entre él y yo que, si bien es cierto distaba mucho de ser una pura amistad, si se transformó, paulatinamente, en el único contacto que tuvo entre su mundo y el nuestro.

Durante los recreos, gustaba de alejarse a algún rincón del enorme campo de juegos con que contaba la escuela y sin más, leía y releía algunas obras que, según me confesó más tarde, trataban las tragedias clásicas del teatro de la época renacentista. Mucho me intrigaba semejante hecho pues, a nuestra edad, pocos o ninguno de los muchachos compartíamos

tal devoción por ningún documento que tuviera demasiadas hojas escritas.

Un día en que me encontraba vagabundeando con mi perro, lo descubrí por pura casualidad, a orillas del río que descendía de las altas montañas, mientras recitaba a viva voz algunos tercetos que, por su dificultad histriónica, no podría en este momento recordar o repetir. Mi compañero nunca se enteró de tal hecho.

Todo esto acrecentaba muchísimo mi interés por tan extraño comportamiento y me propuse, entonces, tratar de penetrar el mundo que tan misterioso se presentaba a mis sentidos. Lo primero que traté de averiguar fue el motivo por el cual una familia, tan respetada y refinada, como la suya había escogido un pueblo tan retirado para instalar su casa.

Me explicó entonces que los problemas de salud de su anciano padre los había obligado a dejar las ciudades centrales y buscar un aire más puro en los montes que sembraban el país. El viejo, gran negociante durante toda su vida, había podido acumular una gran fortuna, por tal motivo pudo llevar además a toda la familia por Europa y Asia, pues la naturaleza de sus negocios se lo exigían. A esto se debía, según mis deducciones, el origen de su marcado refinamiento y educación, pues era un chico que conocía grandes ciudades como París, Londres o San Petersburgo, pero aún no conseguía explicarme su gran afición por el teatro.

Cierta vez faltó durante algunos días a la escuela, aludiendo problemas de salud por lo que nuestra maestra, conocedora de mi poca pero única relación afectiva con el niño enfermo me propuso que le hiciera llegar la

materia vista en clase para que la repasara en su casa. Tal hecho abría la posibilidad de visitar la enorme mansión que se levantaba en las afueras del pueblo media perdida en un regular bosque de jaúles y que servía de casa de habitación de mi extraño amigo.

Al irme aproximando pude notar las enormes paredes que formaban la mansión ya cubierta por algún tipo de enredadera, lo que le daba un aspecto más viejo de lo que en realidad eran, mientras algunos ladrillos con que fue edificada se encontraban expuestos.

Sus enormes ventanas de arco se hallaban a una altura considerable, lo que me hizo pensar en la cantidad de pisos que tendría la casa, pero lo más impresionante era su fachada: trabajada con los más finos mármoles, grandes columnas jónicas se alzaban hasta rematar con capiteles bellamente decorados. La escalera de acceso, de doble anchura, se encontraba rodeada por cornisas finamente talladas, mientras que las aplicaciones de las puertas dejaban ver el uso de las más exóticas maderas.

Me hallaba contemplando la inmensidad de la obra cuando, a mis espaldas, escuché el movimiento brusco producido por una persona emprendiendo una carrera desordenada entre los jardines bellamente tratados. Al volverme de súbito, pude observar un anciano que huía temeroso, exhibiendo sus andrajos y balbuceando en un idioma extraño, como pidiendo clemencia...

La aparición del mayordomo en la puerta hizo desaparecer la impresión que tan extraña persona me había infundido. El hombre me condujo al

primer aposento. Mientras me encontraba en la gran sala donde se me ordenó esperar, pude apreciar grandes cuadros por toda la estancia. En este lugar, predominaban los tonos sepia producto probablemente de las pesadas y sombrías cortinas, que caían hasta el suelo y que permitían con dificultad la entrada de los rayos del sol.

Absorto en mis cavilaciones, sentí de pronto un saludo casi susurrado a mis espaldas que me hizo estremecer. Era mi compañero, quien al ver mi turbación se disculpó no sin dejar entrever una risa reprimida.

Me agradeció mucho el gesto de visitar su casa y para asombro mío, me propuso que le acompañara por la tarde para conversar y jugar con un sinnúmero de juguetes traídos de los países más lejanos. En su habitación pude ver gran cantidad de libros; unos nuevos y deshojados otros. Comprendí que era el momento oportuno para interrogarlo sobre su marcada inclinación.

No pareció impresionarse por mi pregunta.

Mirándome fijamente, me contó que su gran afición por el teatro se debía a la influencia de un viejo andrajoso con el que toparon en cierta ocasión en Italia a la salida de una función. Ese día llovía a cántaros por lo que su padre, inspirado por la misericordia, decidió emplearlo como jardinero. Unos años más tarde, emprendía el viaje a estas montañas. El viejo también los acompañó.

Siempre que tenía la oportunidad, este jardinero contaba al chico grandes escenas de obras olvidadas, en lugares que no existían y llevadas por personajes insondables...

-Sin embargo, ahora mi padre no me permite verlo mucho- me confesó-.

-Y, ¿por qué? -le inquirí yo.

-Pues, porque dice que está loco.

-Y ¿a qué se deberá tal pensamiento? -volví a preguntar-.

-Mi padre dice que está loco, porque vive contando que es inmortal, que amó como nunca antes se ha amado a nadie, y que ese amor lo hará perdurar por todos los siglos.

-Pues ¡qué raro!, en el pueblo hay una vieja llamada Julieta que cuenta una historia muy parecida -dije yo- ¿Cómo dices que se llama el viejo?

-Romeo-.